(Artículo publicado en: *Siglo XXI. Literatura y cultura españolas*, 002, noviembre 2004, 195-217.)

"Pasado de un porvenir para una caracterización de Cipriano Salcedo, protagonista de *El hereje*, de Miguel Delibes"

JOSÉ MANUEL LÓPEZ DE ABIADA
AUGUSTA LÓPEZ BERNASOCCHI
Universidad de Berna

1. PREFACIO

De la presencia del luteranismo en España dan fe varios testimonios madrugadores. Uno de los primeros lleva fecha de 1519 (e.d., dos años después de que Lutero fijara en las puertas de la iglesia del castillo de Wittenberg sus 95 tesis redactadas en latín). Se trata de la declaración de un editor alemán sobre un envío a la Península ibérica de algunos cientos de ejemplares de varias obras del reformador alemán. Los primeros registros de alijos de libros "protestantes" están fechados en 1521, dos años antes de la confiscación de la traducción española de obras de Lutero. Los procesos inquisitoriales contra luteranos son también tempranos; sin embargo, en la primera etapa (entre 1529 y 1547 aproximadamente), el luteranismo es confundido y asociado con términos como erasmismo, iluminismo, alumbradismo y otros, dato este que corroboraba lo que cabía esperar: en los comienzos todavía no se distinguía con nitidez entre las varias corrientes.

A juicio de García Cárcel y Moreno Martínez (2000: 263-75), en 1521 ya se habían configurado grupos en algunas ciudades españolas que pueden ser definidos de luteranos, pese al intento de algunos discípulos de Juan de Valdés de ajustar la nueva doctrina a la ortodoxia católica, quién sabe si para eludir las persecuciones inquisitoriales. El luteranismo llegó a Castilla de la mano del caballero veronés Carlos de Seso, que se establece en La Rioja, donde se casa con una sobrina del obispo de Calahorra, Alfonso de Castilla. Corregidor de la villa de Toro, Seso propaga sus creencias por Zamora y

Valladolid, que era con Sevilla (y, en menor medida, Valencia) el núcleo principal del protestantismo español, que sería desarticulado en los autos de fe de 1559-60. El foco luterano de Sevilla era harto más nutrido que el castellano, pero, a diferencia de éste, estaba integrado por personas pertenecientes a varias profesiones y a clases sociales distintas, por lo que la representación de la aristocracia era escasa. En los autos de septiembre de 1559 y diciembre del año siguiente fueron procesados unos 140 luteranos, algunos de los cuales –los más distinguidos– pudieron salvarse de las persecuciones inquisitoriales mediante la huida al extranjero.

Ignacio Tellechea Idígoras (1978) cree que Carlos de Seso pudo haber participado como intérprete del obispo de Calahorra Bernal Díaz de Luco en el Concilio de Trento (1545-63), de donde regresó a España con obras de Lutero, Calvino y Juan de Valdés, entre otros. Tellechea Idígoras muestra en el trabajo mencionado que el caballero veronés mantuvo dos reuniones con el teólogo y arzobispo Bartolomé de Carranza (en *El hereje*, Carranza aparece, efectivamente, como teólogo; véase sobre todo la pág. 237) pocos días antes de que éste fuese a Inglaterra entre el séquito que acompañó a Felipe II. En ambas citas participó Pedro de Cazalla –que en la novela de Delibes aparece ejerciendo de párroco de Pedrosa (261-62)–, hijo de doña Leonor de Vivero ("una mujer de edad que sin embargo conservaba una vigorosa lozanía. Una piel fresca, sus ojos azules y vivaces, la serena coordinación de movimientos, su denso cabello blanco, alejaban cualquier idea de senectud. [...] Sonreía al hablar, con una sonrisa dentona", 313-14) y don Pedro de Cazalla. De este párroco sabemos por los estudios de Javier Pérez Escotado (2003) que fue interrogado en cada uno de los procesos que siguió la Inquisición española a partir de 1525 contra los alumbrados. De su hermano Agustín leemos en *El hereje* que era "un hombre de palabra tan atinada que el Emperador, en sus viajes por Alemania, lo había llevado consigo. [...] era un hombre místico, sensitivo, físicamente frágil. De flaca constitución, atormentado, tenía momentos de auténtico éxtasis, seguidos de reacciones emocionales, un poco arbitrarias" (236).

García Cárcel y Moreno Martínez (2000: 272-73) sostienen en su documentada monografía que en el protestantismo español dominaron "más la reiteración de las viejas proposiciones sobre los muchos ingresos del clero y la beligerancia contra la Virgen María y la Inquisición" que "una confesionalidad doctrinal protestante madura" y citan un pasaje de la obra del historiador norteamericano Henry Charles Lea, que afirma que el protestantismo español "fue un simple episodio sin importancia real, salvo que su represión

fortaleció a la Inquisición y aisló a España del movimiento intelectual e industrial de los siglos posteriores".

2. UNA SOCIEDAD DIVIDIDA

El trasfondo histórico de *El hereje* revela quizá menos el empeño del autor de pagar tributo a la modalidad de la novela histórica y al alejamiento cronológico que al propósito de rendir homenaje a su ciudad natal. Lo hace, sin embargo, mediante la rememoración de las peripecias religiosas de un grupo de vallisoletanos que abrazaron creencias consideradas heterodoxas en una época en la que Valladolid fue la capital del Reino, médula espiritual innovadora y referencia de una iniciativa económica que podía competir sin desdoro con las sociedades más dinámicas del viejo continente. Ello en una época en que, como se testifica en la novela, las doctrinas reformistas habían "dividido al mundo cristiano" en "dos bandos"; división que "no se dejaba sentir únicamente en los colegios y conventos, sino en todas las instituciones, industrias, negocios y familias de la ciudad donde se reunieran más de dos personas" (185). El Hospital de Niños Expósitos, el colegio en el que se formó el protagonista, Cipriano Salcedo, tampoco fue la excepción que confirmaba la regla: la separación se dio "no sólo entre los profesores sino también entre los alumnos" (184-85). Un tiempo, en fin, en el que la tolerancia y la convivencia religiosas habían cedido su espacio a la discordia y a la escisión, a contrapelo y al socaire del poderío político de la monarquía española y del ancho mundo de las tierras conquistadas allende los mares.

He aquí el marcado simbolismo de la imagen que inaugura la novela, la de la embarcación que lentamente sale del estrecho fondeadero que lleva al mar abierto: "El *Hamburg*, una galeaza a remo y vela, de tres palos, línea enjuta y setenta y cinco varas de eslora, dedicada al cabotaje, rebasó lentamente la bocana y salió a mar abierta" (15). Un mar preciso y vital para el intercambio de mercancías, hombres, saberes y creencias nuevas, encarnados también en el tráfico ilegal de libros prohibidos o, incluso (en palabras de Cipriano Salcedo, que dialoga con el capitán del *Hamburg*), del "libro de libros":

> Un fardo pequeño… pero lo arriesgado es el contenido: Lutero, Melanchton, Erasmo, dos *Biblias* y una colección completa del *Pasional*. […] ¿Sabía usted que la censura de Biblias impuesta en Valladolid hace tres años supuso la recogida de más de cien ediciones distintas del libro de libros, la mayor parte de autores protestantes? […]
>
> –Los capitanes de barco somos expertos en ese tema. Los últimos veinte años los hemos vivido en perpetuo sobresalto. De una de las *Biblias* de las que usted habla introduje

> doscientos ejemplares por el puerto de Santoña el año 28 en dos toneles. […] Hoy meter un libro en una cuba es como fabricar un explosivo. (41-42)

A juicio del capitán Berger, el cambio tuvo lugar en 1530, año en que llegaron al puerto de Valencia tres galeazas venecianas con un alijo de obras de Lutero camufladas en cubas que fueron interceptadas. Se trataba de lo "más acre de Lutero", de "todo lo escrito en Wartburg": "La Inquisición montó un verdadero auto de fe. Los capitanes de las galeazas fueron apresados y en la plaza de la ciudad ardieron cientos de libros en una pira gigantesca, entre el griterío y el entusiasmo del pueblo analfabeto. Al Santo Oficio siempre le atrajeron los grandes alijos para montar con ellos un espectáculo popular." (42).

3. PASADO Y MEMORIA HISTÓRICA

Una posible lectura de las muchas que brinda *El hereje* es la de la recuperación de la llamada memoria histórica, práctica, como sabemos, harto frecuente en la novela española de las últimas décadas. Dicho en otros términos: la represión de los protestantes españoles de mediados del siglo XVI presenta paralelismos evidentes con la ejercida por la dictadura franquista con la disidencia ideológico-política durante las casi cuatro décadas de su vigencia. Por otro lado, *sensu stricto*, la recuperación sin trabas de la memoria histórica sólo ha sido posible tras el final de la dictadura o, lo que es lo mismo, con el comienzo de la transición española, considerada "ejemplar" casi por unanimidad dentro y fuera de España. Una transición que, cabe recordarlo, en sus comienzos fue llevada a cabo sustancialmente desde las filas del franquismo, presionadas por los deseos de los españoles, por la Corona (deseosa de justificar que el proceso democratizador no procedía de la dictadura) y, también, porque la clase política quería salvarse. En suma, el devenir de la transición española fue lento y difícil, y no faltaron momentos en que –dicho con palabras de César Vallejo (1987: 264)– tuvo que "cesar de crecer" por razones hoy bien conocidas. Pero eran muchos los que consideraban que no debía el "corderillo […] continuar atado por la pata al gran tintero", que se imponía "bajar las gradas del alfabeto / hasta la letra en que nació la pena.". A nuestro juicio, Miguel Delibes ha querido bajar las gradas que llevan a "la letra en que nació la pena" en muchas de sus obras; *El hereje* (1998) es la última y la más explícita.

4. EL PROTAGONISTA, CIPRIANO SALCEDO

4.0 CARACTERÍSTICAS DEL PERSONAJE, TEMAS, ESTRUCTURA

El hereje narra la historia de Cipriano Salcedo, hijo único y tardío de burgueses vallisoletanos desde su nacimiento el 13 de octubre de 1517 (el mismo día en que Lutero fijó sus tesis en la iglesia de Wittenberg) hasta su condena a muerte por la Inquisición el 21 de mayo de 1559. Es la historia de una vida caracterizada y determinada por el odio del padre, Bernardo Salcedo (que lo considera causante de la muerte de su esposa) y el amor que Cipriano siente por su nodriza Minervina, a la que pierde pronto y busca en vano durante el resto de su vida. Cipriano, convertido en próspero comerciante, entra en contacto con las corrientes protestantes que clandestinamente van configurándose en España, pero cae en las redes del Santo Oficio y termina en la hoguera.

Los temas que van surgiendo al socaire de la historia son sustancialmente el de la "herejía" (y, por consiguiente, la búsqueda de verdades y certidumbres), el del amor y la fraternidad (y sus contrarios: el odio y la traición) y el de la libertad y la tolerancia. Pero a la vez se brinda un retrato histórico, social, económico y religioso de una época (los años del segundo tercio del siglo XVI aproximadamente) de grandes cambios (aludíamos antes a la simbología del nacimiento de Cipriano, que coincide con el día en que Lutero fija sus tesis en la iglesia del castillo de Wittenberg, *terminus a quo* de la Reforma protestante) y período en que se fortalecen en España los mecanismos de la Inquisición.

Para el retrato del protagonista respetaremos el orden de la novela: "Preludio", "Libros I-III" y "Declaración de Minervina Capa". En el "Preludio" (cuya temporalización se remonta a comienzos de octubre de 1557), el narrador insiste en la menudez de Cipriano, una de sus características físicas, presente incluso antes de su nacimiento, como luego veremos: "menudo, aseado, de barba corta, al uso de Valladolid, de donde procedía, tocado de sombrero, con calzas, jubón y ropilla de Segovia" (15). Una impresión de fragilidad que, sin embargo, como su vida mostrará, no corresponde a la realidad: "cuando hablaban entre ellas de su tamaño y la Blasa rezongaba, una y otra vez. que el niño era menudo pero no flaco, porque en lugar de huesos tenía espinas como los peces." (78); "Acababa de cumplir nueve meses y apenas pesaba quince libras, aunque había dado abundantes pruebas de agilidad." (111). También se refiere el narrador a la articulación levemente vacilante del personaje y al origen del defecto: "Vaciló al empezar a hablar. Era la reliquia que le había dejado el miedo al padre, a su mirada helada, a sus reproches, a sus toses espasmódicas en las mañanas de invierno. No era tartamudez sino un leve tropiezo en la sílaba inicial, como un titubeo intrascendente" (18). Y subraya asimismo los efectos

balsámicos que tiene en su psique la misión que lo lleva a Wittenberg (donde conocerá a Felipe Melanchton y podrá adquirir libros, 19, 23): "Cipriano Salcedo se sentía orgulloso de que el Doctor le hubiera elegido a él para tan delicada misión. Su decisión le liberó de viejos complejos, le permitió pensar que todavía podía ser útil a alguien, que todavía existía un ser en el mundo capaz de confiar en él y ponerse en sus manos" (17).

Desde el comienzo mismo se pone en evidencia otros rasgos fundamentales para la caracterización del personaje, entre los que figuran, amén de la mencionada menudez, la difícil relación con el padre y sus complejos (que, como veremos, tienen su origen esencialmente en la actitud paterna, que lo llevará a ingresar en la "secta" y a creer en la fraternidad del grupo). A ellos habrá que añadir la difícil relación de Cipriano con su esposa (a los problemas de infertilidad se suman los frustrados deseos del cónyuge de hallar en la consorte la sustitución de la madre y la correspondiente protección: "no sólo no quería a su mujer sino que la despreciaba. Era un grave pecado y Nuestro Señor se lo tendría en cuenta. Con su padre, don Bernardo, le había sucedido algo parecido. ¿Es que había seres que nacían solamente para odiar?", 38) y sus temores y excesiva predisposición a la ansiedad, la aprehensión y la cautela ("Le asaltaban temores infundados que se incrementaban cuantas más vueltas les daba en la cabeza.", 40; "Le inquietaba la posibilidad de que su criado hubiera tergiversado sus instrucciones y no le aguardase en el puerto al día siguiente. Le inquietaba, asimismo, que, durante su ausencia, el Santo Oficio hubiese decretado nuevas formas para impedir la circulación de libros peligrosos. Ambos recelos, unidos, le producían una profunda desazón.", 40-41). Así se explican sus precauciones durante el viaje a Alemania (16, 18, 37, 40), las razones de sus inquietudes espirituales y la búsqueda continua de contenidos que sólo la (aparente, como veremos) fraternidad de la "secta" parecía asegurarle: "Una nueva luz apareció en su angosto horizonte. Así que no todo estaba perdido, la Pasión de Cristo valía más que sus propias obras […]. La secta venía a ofrecerle una fraternidad que no había conocido hasta entonces. Se entregó a ella con fruición, con entusiasmo. El viaje a Alemania formaba parte de esta entrega" (38-39).

4.1 NACIMIENTO, ORFANDAD, ODIO PATERNO, MINERVINA

La congénita infertilidad de los Salcedo (ni su tío Ignacio ni Cipriano tendrán descendientes, 51-56) y su escasa estatura son dos constantes en la vida del protagonista, esta última anterior incluso a su nacimiento: "Al mes siguiente confirmó que todo iba bien,

salvo el tamaño del feto, demasiado ruin, pero que ya no cabía hacer otra cosa que esperar" (57). Sin embargo, su pequeñez no facilita el parto: es como si el niño no quisiera nacer o, quizá mejor, "despegarse" de su madre ("Este niño está pegado", 63; después viviría "pegado a su nodriza", 75) y, cuando por fin nace (su tamaño se revela tan pequeño como previsto: "Qué menudo es, parece un gatito. […] Por el tamaño parece sietemesino.", 64), su madre muere. De ahí que su padre lo odie desde entonces, por considerarlo el causante de su viudez ("Cipriano no era más que un pequeño parricida.", 143). De ese odio –que Cipriano comenzará a percibir desde muy niño– provienen su miedo (cuyas secuelas le quedan, como ya hemos apuntado, en el defecto de articulación) y la sensación de frío que le acompañarían durante toda su vida ("Diríase que al pequeño le habían dejado huella las gélidas miradas de su padre, cuando, de niño, la sensación de frío le despertaba y sentía la necesidad de escapar.", 112; "el niño se ocultaba tras la saya de la muchacha como si viese al diablo. Ella le preguntaba luego en la cocina: ¿es que no quieres al papá? No, Mina; me da frío. Qué cosas dices. ¿Mucho frío? Y el pequeño confesaba que tanto como cuando se helaba la fuente del Espolón y él se subía a ella para patinar.", 139-40).

Para el futuro desarrollo de Cipriano es muy significativa la ecuación –o, mejor, la supuesta equivalencia– Dios-padre, presente a veces en sus pesadillas:

> Esa noche tardó en dormirse. Cuando al fin lo consiguió, a altas horas de la madrugada, se le apareció flotando sobre el cielo, entre nubes, la figura de Dios Padre. Era una imagen que había visto antes en alguna parte, tal vez en algún libro, pero la de ahora tenía exactamente la fisonomía de don Bernardo: rostro lleno, barba y pelo fuertes y lisos y una mirada helada y heridora que se cruzó un instante con la suya. Cipriano cerró los ojos, se achicó, quiso desaparecer del mundo, pero Nuestro Señor le prendió por una oreja y le dijo:
>
> –¿Vas a decirme, caballerete, por qué no quieres rezar?
>
> Cipriano se despertó sobresaltado. Divisó sobre sí el rectángulo estrellado de la lucerna pero no tuvo fuerzas ni para gritar. Su corazón hacía ruido en el pecho y en su estómago se había asentado la angustia.[…] Rezó y rezó hasta que se quedó dormido en el posapié, derrumbado sobre el lecho. Minervina le sorprendió así de amanecida, le metió con ella en la cama y le restituyó su calor. Deshilvanadamente el niño le había contado su experiencia:
>
> –Y vino Nuestro Señor, pero era el taita, Mina, y me agarró de la oreja y me dijo que tenía que rezar siempre. (153-54)

Cipriano tiene también miedo a su instructor, don Álvaro Cabeza de Vaca (("amilanó a Cipriano", 155). Pero hay más: por primera vez en su vida, tiene que separarse de Minervina y bajar a vivir al piso de su padre ("la idea de cambiar el piso alto por el principal y su cuartito abuhardillado por otro contiguo al de su padre, y separarse por vez primera de Minervina, representó un duro golpe.", 155-56; "atemorizado desde el primer día, […] cada vez que le oía carraspear o arrastrar el sillón empalidecía y quedaba inmóvil", 156). El miedo que le inocula la presencia cercana de su padre le impide incluso

poder concentrarse durante las clases ("Detrás de cada desahogo, Cipriano se representaba su rostro, su mirada gélida, su barba aceitosa, su entrecejo cruel.", 156; "Todos los miedos de la primera infancia se abalanzaban de pronto sobre él. Sin Minervina a su lado, se sentía un ser indefenso.", 157). De ahí que acepte casi con alivio de ingresar en un internado, pese a que el padre lo haga por rencor ("La decisión de su padre de no verle *ni en verano* acrecía su deseo de alejarse de aquellos ojos cortantes que habían entenebrecido su infancia., 159-60).

Los compañeros del internado le llaman *Mediarroba* por su estatura y aparente fragilidad, pero sabrán que se equivocan, al presenciar la encarnizada pelea con *el Corcel*, el camorrista y bravucón del colegio: "Era como ver representada, al cabo del tiempo, la desigual lucha de David contra Goliat. Y David era aquel muchachito reducido, bajo para su edad, pero con una agilidad pasmosa y una dureza de mármol" (181).

4.2 De la infancia a la adolescencia (el colegio, las dudas, la pérdida de Minervina)

En el internado –que, paradójicamente, representa su primer contacto con el mundo exterior, en neto contraste con la "cárcel" de su casa– tiene lugar la metamorfosis de Cipriano. Si el primer cambio visible es externo (tiene que sustituir la ropa fina que Minervina le prepara con esmero por el uniforme obligatorio del centro), el segundo es de mayor alcance: el mote despectivo *Mediarroba* (160) desplaza a su nombre durante la entera estancia en el colegio. Las verdaderas transformaciones, sin embargo –excepción hecha de las naturales de la edad ("una extraña fuerza […] transformaba su cuerpo […] cuyas exigencias se imponían a su voluntad", 179)–, son de carácter espiritual, la una, y social, la otra, y ambas están a su vez determinadas por la figura paterna.

La primera se debe a sus escrúpulos de conciencia, a sus hondas y corrosivas dudas y a la imposibilidad de amar a su padre según los mandamientos:

> Y al pensar en su padre veía su mirada bellaca, heridora, y comprendía que su oración por él carecía de sentido. Dejó de ir a comulgar. Su amigo *Tito Alba* notó su cambio y, en un paseo por la ciudad, le preguntó por la razón. O... odiar es un pecado, ¿no es cierto, *Tito*? Cierto, dijo éste. Y odiar al padre todavía es un pecado más grave, ¿verdad? […] ¿Y qué puedo hacer yo si el odio nace en mi corazón con sólo pensar en él? [...] Pero si a pesar de todo sucede y yo no lo puedo remediar, ¿voy a consumirme en el infierno solamente por odiar a mi padre sin quererlo? (178)

La segunda transformación nace cuando se da cuenta de que es su padre quien alimenta las becas de tres de sus compañeros del Hospital de Niños Expósitos para que

Cipriano pueda estudiar en el colegio: "Estas novedades modificaban su carácter, sentía arrebatos de agresividad, vivía en permanente descontento consigo mismo" (179). Los escrúpulos de conciencia que le agobian se deben, en última instancia, a dos exigencias que al principio considera egoístas y después "obsesivas": Minervina y su propio futuro (176-77).

Tras la muerte de su padre, Cipriano goza de cierta tranquilidad cuando se instala en la casa de su tío Ignacio –una especie de oasis, en el que descubre el placer de la lectura (195) y el amor carnal con Minervina (196-99)–, cuya tutela acepta con sumisión ("El desapego de Cipriano hacia el género humano, su triste experiencia filial, le llevó a inclinarse por la idea de la tutela y a aceptar a su tío como tutor.", 194). Sin embargo, la felicidad dura poco, y a la lista de pérdidas se suma la de Minervina, que es despedida cuando sus tíos descubren su relación amorosa. Esta pérdida equivale en no pocos aspectos a la de su madre y abre las compuertas a otras obsesiones que lo acompañarán, consciente o inconscientemente, de por vida: la búsqueda de su antigua nodriza y el sentimiento de culpa por haberla seducido.

4.3 La edad adulta (el comercio, el matrimonio, la secta)

Cuatro son los objetivos vitales de Cipriano:doctorarse en Leyes, hacerse cargo del almacén y de las tierras de su padre e irse a vivir a la casa paterna de la Corredera de San Juan; encontrar a Minervina (la búsqueda se revelaría pronto una "utopía irrealizable", 203-04); alcanzar prestigio social (razón por la que gestiona –y obtiene– un privilegio de hidalguía, 208-10); lograr una posición económica comparable a la de los grandes comerciantes del país (203) y dar un nuevo rumbo a sus negocios (213). Los propósitos se vuelven realidad gracias a la "revolución de los canesúes" y al "zamarro de Cipriano" (214), iniciativas que desembocarían, sin que él lo pretendiese, en "la senda de un incipiente capitalismo" (217).

Contra lo que cabe esperar, sus éxitos empresariales aumentan su autodesconfianza, y sus viejos escrúpulos de conciencia se recrudecen ("El desahogo económico no había hecho sino exacervar la desconfianza en sí mismo. A pesar de los años transcurridos, seguía siendo el hombre roído por los escrúpulos y cuanto más acentuaba su vida de piedad más se recrudecían aquéllos.", 234; "También el negocio de los zamarros fue ocasión de problemas de conciencia para Salcedo.", 235). Es más, Cipriano intuye que sus ganancias ("cien veces más que sus operarios y con la mitad de esfuerzo", 235) son más fruto de la

injusticia que el efecto de la "remuneración del riesgo". Por eso intenta acallar su mala conciencia con limosnas y ayudas a los pobres de la ciudad (235-36).

Así se explica, en suma, su anhelo de "perfeccionamiento moral", su nostalgia por la vida religiosa del colegio y sus preferencias por las exposiciones de problemas religiosos que consideraba importantes. Esa "nueva búsqueda" lo conduce al doctor Cazalla –orador de "palabra tan atinada" que había movido al Emperador a llevarlo consigo en sus viajes por Alemania (236)–, cuyos sermones le causaban, sin embargo, "cierta desazón", debida acaso menos a lo que decía que a lo que callaba o sugería. Más tarde sabría Cipriano que su desasosiego provenía, precisamente, de las homilías de Cazalla (237).

Por estas fechas conoce a su futura esposa, Teodomira, una muchacha tan alta y fornida que Cipriano considera desproporcionada para un hombre de su tamaño ("ciento sesenta libras contra mis ciento siete", 245). Su elección responde a razones psicológicas profundas, como acertadamente suponen sus tíos:

> –¿No oíste nunca hablar de la atracción de los contrarios? [...] A veces uno se enamora de lo que no tiene y a su pareja le ocurre otro tanto. El hombre pequeño casado con mujer grande es un ejemplo de libro. Hay factores que lo justifican. [...]. En tu caso, puedes haber visto en ella a la madre que no llegaste a conocer. [...] En la madre, el niño busca amparo, y es difícil que lo encuentre en otra persona físicamente más débil que él. Esa muchacha puede muy bien significar para ti el escudo protector que no tuviste en la infancia. (245)

Y, efectivamente, Cipriano busca cada noche refugio en la axila cálida de su esposa para poder dormirse (257). Sin embargo, los fervores, las satisfacciones y reciprocidades de los primeros meses ("Cipriano, que gustaba de las carnes duras, lisas, sin accidentes de su esposa, pensaba: la atracción de los contrarios. Mas entre esta exclamación de Teo y su demostración muscular de la primera noche, se sintió valorado, distinguido como macho, lo que contribuyó a crear entre ambos una saludable reciprocidad. Ella parecía satisfecha de él y él [...] satisfecho de ella.", 258), no le dejan percatarse de dos de los rasgos más característicos de Teo, que resultarían determinantes para el desarrollo de su relación: su indolencia y sus accesos de furia (254). A ellos se añadirá la recurrente disminuida fertilidad de los Salcedo (266) –que se convertirá pronto en obsesión para su esposa, que termina negándole la función "maternal-protectora" de su axila–: "Al regatearle Teo el cobijo de su axila, la cabeza se le enfriaba, se le desgobernaba en la noche, durante el sueño y, al levantarse, le mortificaba la tortícolis. Volvía a ser el niño desprotegido que había sido. Y utilizaba gorras, sombreros y hasta capuchas forradas de piel, como sucedáneos." (270-71).

Un descubrimiento casual –aludimos al episodio de la sapa y del sapino– lleva a Cipriano a percatarse del deteriorado estado de su relación matrimonial. Esta toma de conciencia genera en él una náusea existencial:

> Al oírle fue cuando Salcedo descubrió al macho, un sapillo diminuto e impávido sobre el ancho lomo de la sapa. Algo se le revolvió en el estómago. Experimentó un almadiamiento y, acto seguido, la náusea. Miraba a los dos animales apareados pero no los veía. Veía una barcaza con el rostro y los pechos de Teo como mascarón de proa, y él bogando solitario en la popa. Experimentó asco de sí mismo, una repugnancia tan apremiante que salió apresuradamente del agua y, antes de alcanzar el camino, vomitó. [...]
>
> –Esos bichos, esos bichos –repetía Salcedo.
>
> –¿Los sapos dice? –reía–. La hembra es diez veces mayor que el macho. Curioso, ¿verdad? El macho apenas es algo más que un minúsculo irrigador, un saquito de esperma.
>
> –Calle vuestra paternidad, se lo ruego.
>
> La turbia imagen no salía de su cabeza [...]. La Teo-sapa dejándose escalar por Cipriano-sapo y, una vez conquistada, navegar sobre ella por el gran lago, era una escena que volvía a alterarle el estómago. ¿Tendría valor para volver a poseer a Teo? [...] Cipriano seguía viendo en ella la sapa autoritaria, caprichosa y posesiva. Y aún le repugnaba más el complemento: la actitud servil, complaciente y oficiosa del pequeño sapo fecundador encaramado en su dorso. (280-82)

El amor de Cipriano por su esposa decrece a la par que aumenta la obsesión de Teo por la maternidad y el interés del esposo por la religión, que irá creciendo paulatinamente, al hilo de sus conversaciones con los Cazalla (275-81, 286-87, 287-93, 302-10) hasta desembocar en el desasosiego de antaño, "la inquietud inicial del disidente" (287). En Pedro Cazalla encuentra una "nueva dimensión de lo religioso: la confianza frente al temor" (290), pero algunas revelaciones del párroco –la negación del Purgatorio, sobre todo– le afectan profundamente:

> El cura le miraba de soslayo, atentamente, pendiente de su reacción. Le vio palidecer como el día de la sapina y buscar acomodo para sus piernas en la angostura del tollo. Finalmente murmuró:
>
> –E...eso no puedo aceptarlo, Pedro. Forma parte de la fe de mi infancia. [...]
>
> Salcedo parecía a punto de llorar, tal era su desolación:
>
> –Tiene razón vuesa paternidad –dijo al fin–, pero con esta revelación me deja desamparado. (303)

A partir de ahora inicia la metamorfosis que llevará a Cipriano a la "herejía":

> Sentía su espíritu turbado, afligido. Ya en el tollo había experimentado un tirón violento, como una amputación. Ahora advertía que su mundo se había visto alterado de raíz con las palabras de Cazalla. Y, entre el cúmulo de ideas que se mezclaban en su cabeza, solamente una veía clara: la necesidad de modificar su pensamiento, poner todo patas arriba para luego ordenar serenamente las bases de su creencia. [...] Antes de cumplir una semana, la inquietud de Cipriano le llevó de nuevo a Pedrosa. (306)

Teo –menos debido a su carácter inestable que a la depresión maniática nacida de la prolongada espera y a los urgentes deseos de liberarse de la perturbación generada por su supuesta esterilidad– cede, como sus convecinos, a los atractivos del consumo y a las llamadas de la nueva obsesión del gasto y el derroche (297). Los intereses de Cipriano discurren, sin embargo, por otros derroteros ("poco apegado a las cosas materiales y embarcado en problemas trascendentes, apenas le afectaba la propensión al hedonismo de su cónyuge, antes bien, la alentaba. A estas alturas de su vida le agradaba una mujer ocupada, distraída, ya que Teo iba dejando de ser para él un elemento de sosiego al mismo tiempo que un aliciente perturbador.", 298): los libros y los viajes (301). La anhelada función protectora de Teo ha llegado a su fin (una función, recordémoslo, que Cipriano había buscado desde su infancia y sólo había hallado en Minervina): "Su tamaño, su blancura de estatua, la ausencia de vello y de sudor no dejaban de ser defectos que su fantasía de pretendiente había convertido en atributos. Aquella figura carnosa, prieta y lacteada le decía ya muy poco como mujer y nada como sombrilla protectora." (298). A la par que crece su interés por las cuestiones religiosas, aumentan las crisis de Teo, cuyos síntomas oscilan entre el ensimismamiento y la enajenación, aderezados con frecuentes destemplanzas (311-13).

Cipriano se va acercando paulatina e irremisiblemente a la "secta", encarnada preponderantemente por los hermanos Cazalla y su madre, doña Leonor, por quien siente una profunda atracción, pues cree ver en ella una vez más a la madre perdida: "Doña Leonor y Cipriano Salcedo se hicieron mutuamente imprescindibles. Él pensaba a menudo que, tras el fracaso sentimental con Teo, doña Leonor venía a sustituir a la madre que había esperado encontrar en ella" (316).

Así las cosas, Cipriano asiste por primera vez a una reunión secreta de la "secta" (321-33). El aspecto que más le atrae es el de la fraternidad, acaso porque cree percibir que está por encima de las clases sociales y se acerca a lo que él ha buscado siempre:

> […] fraternidad; ésta era la palabra justa y lo que él había creído encontrar entre sus correligionarios. Aquel conventículo clandestino era una reunión de hermanos alentada por la fe y el temor, como las de los primitivos cristianos en las catacumbas, como las de los apóstoles tras la resurrección de Cristo. Sentía como una emoción indefinible que a ratos se traducía en una culebrilla fría por la columna vertebral. Tenía conciencia de que se hallaba al comienzo de algo, de que había entrado a participar en una hermandad donde nadie te preguntaba quién eres para socorrerte. […] Una fraternidad sin clases, se dijo. […] Pensó que no se hallaba lejos del mundo fraternal en que desde niño había soñado. (334)

Por ello, y por su disponibilidad congénita hacia lo que también puede ser entendido como una búsqueda de amor y de calor, acepta el encargo del doctor Cazalla de coordinar a

los "herejes" de Ávila, Zamora y Toro, donde había pequeños grupos luteranos del núcleo de Valladolid ("Había que tomar más en serio estos contactos y Cipriano podía ser el encargado de ello. Al Doctor le satisfizo su buena disposición. Le sobraban discreción, talento y dinero para afrontar la tarea. [...] Cipriano podía empezar por Castilla y terminar en Andalucía.", 335). De vuelta a casa de su primera misión –había visitado tres conventículos en Valladolid (335-36) y los de Ávila (337-38), Zamora y Aldea de Palo (338-42)–, Cipriano halla a Teodomira perturbada. El desajuste era debido al convencimiento que su marido había "interrumpido deliberadamente" durante los cuatro días de viaje el tratamiento contra la infertilidad que le había prescrito el doctor Galache, anulando así los efectos de cuatro años de medicación (346). Su creciente obsesión de maternidad da en paroxismo (intenta asesinar al marido con una tijera de esquilar), por lo que es internada en el Hospital de Inocentes de la calle Orates, donde muere ocho meses después (365).

Los sentimientos de culpa –que han ido creciendo en concordancia con el desarrollo de la enfermedad de Teo– llevan a Cipriano a un doble voto de castidad y pobreza: "Renuncia definitiva a todo contacto carnal y reparto de sus bienes con quienes le había ayudado a crearlos. Nunca había sentido especial apego al dinero pero el firme propósito de desprenderse de él le produjo una adventicia sensación de poder" (366-67).

4.4 Los últimos dos años de Cipriano: 1557-1559 (viaje a Alemania y cárcel)

Entre tanto, el doctor Cazalla comunica a Cipriano que lo considera su hombre de confianza ("actuaba sin reservas, con entusiasmo y resolución", 360). La deferencia le llena de orgullo ("le emocionaba el valimiento del Doctor, el hecho manifiesto de que le considerase el discípulo amado", 360). Y es la certidumbre de sentirse amado la que le empuja, primero –también debido a las preocupaciones y los miedos crecientes del Doctor, fruto del aislamiento en que se hallaban los grupos luteranos tras la muerte del reformador (360, 378, 379, 382, 385, 386)–, a aceptar la misión de poner sobre aviso a los adeptos de Toro, Zamora y Logroño y, luego, viajar a Alemania para entrevistarse con Melanchton y traer informaciones de primera mano y publicaciones actuales y oportunas ("¿Sería capaz Cipriano de viajar a Alemania por el grupo?", 386). Poco después del regreso de Cipriano, Agustín Cazalla supera el estado de apatía y falta de iniciativa, afirma su posición religiosa y recupera la fuerza y el entusiasmo proselitista ("le había encontrado distinto, […] había encontrado a un Doctor que nunca había conocido, consciente de su primacía intelectual,

de la importancia de su jerarquía en el grupo. Aquella astenia, un poco femenina, que mostró unos meses antes, parecía no haber existido nunca. Cipriano Salcedo le había alentado.", 401). Sin embargo, no se percata Cipriano de la presunción y vanidad inherentes a la actitud del doctor ("no creía que actuara buscando el aplauso, pero tampoco que fuese indiferente al elogio y la admiración", 402), que había comenzado a cambiar en el momento en que Cipriano se había comprometido a hacer el viaje a Alemania.

Con la detención de Cristóbal de Padilla –denunciado al Santo Oficio– comienzan las persecuciones. Carlos de Seso aconseja a Cipriano ("Vuesa merced ha sido un miembro destacado en la secta desde su ingreso y su reciente viaje a Alemania y su entrevista con Melanchton le hacen especialmente vulnerable en esta hora. Ponga tierra por medio.", 397). Cipriano da prueba una vez más de su fuerza interior: no siente miedo por él ("se sentía resuelto y decidido, capaz de todo.", 397), pero quema todos los libros y documentos que puedan comprometer a sus cofrades ("se sentía liberado de un peso como después de una confesión", 398). Tras entrevistarse con la atractiva Ana Enríquez –que le recuerda su abnegación y disponibilidad ("Vuesa merced sí está en peligro […]. Ha echado últimamente sobre sí todas las responsabilidades del grupo, ha viajado a Alemania en su nombre", 399)–, abandona Valladolid. Su huida termina en el pueblo navarro de Cilveti, donde es detenido en nombre de la Inquisición.

Durante el viaje de regreso a Valladolid (409-20), Cipriano da muestras de gran serenidad, pese a la pésima acogida que les deparan los habitantes de los pueblos por donde pasan ("les llamaban herejes y apestados", 414; "Las mujeres arrojaban desde los balcones herradas de agua hirviendo y llamaban cabrones, herejes hijos de puta a los presos.", 417; "El pueblo enardecido exigía el auto de fe, los calificaba de luteranos, leprosos, hijos de Satanás y algunos, en plena exaltación patriótica, gritaban Viva el Rey!", 418)[1]. En la cárcel de Valladolid comparte celda con fray Domingo de Rojas (421), pero sus convicciones y buen carácter le hacen más llevadero el cautiverio ("Afinada su capacidad de adaptación, Salcedo no tardó en acomodarse a las condiciones del nuevo cautiverio.", 422). A diferencia de la mayoría de sus "correligionarios", que se traicionan y

[1] Como es sabido, el arresto y la condena de los llamados herejes constituía una ocasión de júbilo y esparcimiento; en las páginas finales de la novela abundan los ejemplos, construidos sustancialmente mediante la pareja antitética « fiesta *vs* muerte»: "Dato, el tontiloco ayudante de carcelero, se contaba entre los vallisoletanos incapaces de reprimir su júbilo ante el gran festejo que se avecinaba."; "Para el ayudante de carcelero todo eran novedades dignas de ser conocidas, desde los pregoneros a caballo, apostados en las esquinas, anunciando el auto y encareciendo la asistencia de los mayores de catorce años con la promesa de cuarenta días de indulgencia" (468); "«No vea vuesa merced, parece el juicio final» –sentenció Dato en el colmo de la admiración." (469); el contraste más asombroso lo hallamos en la última página: "Una mujer gruesa comía buñuelos tranquilamente junto a Minervina." (495).

delatan mutuamente, Cipriano es consecuente con su creencia. Su marcado desapego del mundo terrenal y de los bienes materiales –simbólicamente representado por la enfermedad de sus ojos, que se van cerrando paulatinamente[2]– aumenta cuando se da cuenta de que ha desaparecido la fraternidad en el grupo: "Cipriano Salcedo había imaginado todo menos la delación dentro del grupo. La fraternidad en que había soñado se requebrajaba, resultaba una pura entelequia, nunca había existido, ni era posible que existiera" (429). El extracto de la confesión de Ana Enríquez ante el Tribunal de la Inquisición, le encoge el ánimo y le provoca náuseas ("experimentó un almadiamiento y hubo de sentarse en la banqueta para afirmar las piernas", 433; "Notaba encogido el ánimo, acrecentada la sensación de soledad, la angustia agazapada en la boca del estómago, un vivo malestar.", 435). Pero Cipriano es coherente hasta el final y no delata ni traiciona a nadie ("Nunca fui proselitista, señoría. Simplemente he procurado ser fiel a mi creencia.", "Su doble no acusaba, no mentía, no delataba", 439). Una coherencia en perfecta sintonía con los móviles que le habían llevado a acercarse a la nueva doctrina, sin dobles intenciones, "soberbia, codicia o vanidad" (440). También es consciente de que no se "resistiría a apostatar" si las preguntas y argumentos del inquisidor le convencieran de su error, pero "nunca lo haría por salvar la vida" (440). Tampoco siente escrúpulos por haber asumido la nueva doctrina; de ahí su entereza ante la tortura, pues era hombre que siempre había temido "más al amago que a la realidad por

---

[2] "Con los ojos entrecerrados, en cuyos párpados comenzaba a sentir un insidioso escozor " (427); "sus ojos blandos" (429); "la luz del sol le dañaba los ojos, le ofuscaba. [...] había entornado los párpados pero [...] el sol brillando en los cristales le obligó a cerrarlos del todo. Era como si tuviera tierra dentro de ellos" (430-31); "tenía los ojos enfermos", "la falta de luz y la humedad le lastimaban la vista. Tenía los bordes de los párpados enrojecidos e hinchados", "sus ojillos pitañosos" (431); "los ojos cobardes" (432); "los ojos le escocían, se veía obligado a entornarlos para procurarse un alivio", "El sol posado en las vidrieras le cegaba" (435); "con los ojos cerrados" (439); "temía por sus ojos" (441); "le rezumaban los ojos enfermos" (451); "sus ojos encarnizados", "los párpados entornados" (454); "echó atrás la cabeza, buscando el eje de visibilidad entre sus párpados inflamados" (457); "La luz de la escalera le deslumbró, sintió como un cuerpo extraño dentro de los ojos.", "miró por la estrecha rendija que dejaban sus párpados tumefactos" (458); "Es por la oscuridad, tío, la humedad y el frío. Los párpados están inflamados, es como si tuviera tierra dentro." (459); " eguía con la cabeza levantada para que su tío no escapara de su campo visual", "sus ojos encarnizados" (460); "En su vacilación perdió de vista el rostro de su tío y hubo de acomodar de nuevo la cabeza para volver a apresarlo", "le tomó de las manos con aprensión, como a un ciego" (461); "en las medias tinieblas, apenas distinguía las facciones del fraile" (462); "Le ardían los ojos, sentía los bultos en las cuencas, y su amortecimiento iba en aumento." (464); "con los ojos cerrados, un intenso latido en el párpado superior" (469); "levantaba la cabeza, tratando de encontrar el eje de visión" (470); "se movía casi a ciegas y, aunque paulatinamente iba insinuándose el día, únicamente veía cuando alzaba la cabeza y sus pupilas enfocaban el objetivo en línea recta" (473); "buscando el ángulo de visión más apropiado", "moviendo también la cabeza para no perder el eje de visión" (474); "los ojos entrecerrados, medio ciegos" (475-76); "La luz cegadora, brutal, que se iba adueñando de la plaza, lastimaba aún más sus ojos." (476); "los ojos encarnizados" (478); "el latido en el párpado", "Un sol despiadado hería los ojos del penitente que los cerró, apretando visiblemente los párpados.", "Permaneció inmóvil, los párpados cerrados" (479); "sus ojos cobardes estaban llenos de lágrimas" (480); "alzó la cabeza, buscó el eje visual y, a pesar del tiempo transcurrido, la reconoció enseguida" (484); "los ojos cobardes posados en Minervina" (492); "volvió a cerrar sus ojos encarnizados" (493); "entreabrió sus párpados hinchados", "Sintió el latido doloroso en el párpado" (494); "las puntas de las llamas se cebaban en sus ojos enfermos" (495); "iba muy enfermo de los ojos" (496); "los ojos enfermos" (497).

muy cruel y exigente que ésta fuera." (442), que había dado suficientes veces prueba de su probidad y que nunca se había arredrado a la hora de echar "sobre sus hombros, sin pedir nada a cambio, la seguridad del grupo" (447).

Por el contrario, la cobardía y mezquindad de no pocos miembros de la secta aumentan en él la sensación de malestar, pesadumbre y aflicción: "Habituado a la delación, poco podían impresionarle ya las declaraciones de sus compañeros. Leyó descorazonado la confesión de su amigo Pedro Cazalla [...]. A Cipriano le rezumaban los ojos enfermos ante tanta mezquindad. Carlos de Seso [...] [d]isfrazaba la verdad en su provecho" (450-51). Agustín Cazalla también se derrumba, dando prueba de su pusilanimidad y de que la nueva doctrina le importa menos de lo que Cipriano se había imaginado: "Ante el tormento, el doctor Cazalla prometió confesar […]. Se comprometió a ser católico ejemplar si el tribunal respetaba su vida y en todo momento mostró inequívocas muestras de arrepentimiento" (452-53).

El malestar de Cipriano crece al constatar que varios declarantes coinciden en atribuir todas las responsabilidades al arzobispo de Toledo, don Bartolomé de Carranza, confiando que así aminoran su culpa o que incluso quedan libres de ella (455). No sorprende, por tanto, que cuando se vuelven a encontrar el día de la ejecución de la sentencia no quede rastro alguno de su pasado de fraternidad:

> Aquella reunión ocasional era como el envés de los conventículos, los mismos hombres, pero sin el sentimiento de fraternidad que antaño los unía, más bien dominados por el recelo y la desconfianza, cuando no por la hostilidad o el odio. […] Buena parte de los allí reunidos se había delatado entre sí, habían perjurado, habían procurado salvarse a costa del prójimo, y rehuían el contacto, las miradas, las explicaciones. Pedro Cazalla también le esquivó. [...] La declaración de Pedro, como la de su hermana Beatriz, había sido despiadada. Una decena de reos habían sido denunciados por ellos. [...] Seguramente él y su hermano Agustín, cabezas de la secta, eran, en aquel infierno de prevenciones y sospechas, los más aborrecidos. (470-72)

Así las cosas, la observación que el bachiller Herrezuelo hace a Agustín Cazalla no carece de coherencia: "–Doctor, Doctor, para ahora quisiera yo el ánimo que mostrasteis en otras ocasiones." (483). Y coherentes son también las preguntas que Cipriano se hace camino de la hoguera sobre el mismo personaje: "Cipriano miraba su figura vencida y cargada de espaldas, la coroza ladeada, balanceándose en lo alto del pollino y se preguntaba qué tenía en común aquel hombre con aquel otro que pocos meses antes le instruía enfervorizado con motivo de su viaje a Alemania" (485).

Quien mejor se porta con Cipriano es su antiguo criado Juan Sánchez, que se preocupa por el estado de sus ojos ("Juan Sánchez, desde un rincón, miraba a Cipriano

Salcedo, la cabeza levantada, tanteando desorientado, como un invidente. Se acercó a él solícito y le dijo si la oscuridad de la celda le había cegado. Cipriano restó importancia a su mal, eran los párpados –dijo–, se habían inflamado y tenía que mirar a través de un resquicio, en línea recta, ya que sólo veía en esa dirección.", 471). Los únicos personajes coherentes hasta el final serán el bachiller Herrezuelo y fray Domingo de Rojas, condenados –con Cipriano, Carlos de Seso y Juan Sánchez– a muerte en la hoguera sin el "beneficio" previo del garrote (478-80). Y coherente es Cipriano en su plática con fray Luis de la Cruz, cuando, a la par que confiesa culpas ya reveladas, vuelve sobre los "tres pecados de los que nunca se arrepentiría bastante" (462): el odio hacia su padre, la seducción de Minervina y su desafecto por Teodomira y el abandono final en el manicomio.

El año de cárcel, los meses previos al proceso, la condena y las reiteradas traiciones del grupo producen en Cipriano una metamorfosis definitiva, lo destruyen psíquica y físicamente y lo van acercando en cierto modo de nuevo a la infancia ("El condenado no parecía afectado por la sentencia. Daba la impresión que, aun indultado, ya no sería capaz de volver a la vida. Permaneció inmóvil, los párpados cerrados, apoyado en el brazo de un familiar, desdibujado y nimio.", 479). Ése parece ser el significado del *crescendo* de las referencias a su pérdida visual y de los últimos dramáticos minutos de vida camino de la hoguera: "Cipriano, en primera fila, veía desfilar tanta grandeza buscando el ángulo de visión más apropiado, la boca sonriente, sin rencor, como un niño ante una parada militar" (474). En esa involución regresiva o regresión involutiva hacia la infancia se inscribe, precisamente, la conmovedora y asombrosa comparecencia final de Minervina, a quien Ignacio Salcedo había logrado traer momentos antes del fatídico desenlace de Cipriano:

> Con la cabeza alta, sonriente, quiso darle la paz pero su tío se dirigió al familiar que conducía la borriquilla sin reparar en él, le apartó de la procesión y colocó en su lugar a una mujer de cierta edad, con gracioso tocadillo alemán en la cabeza, sencilla y fina de cuerpo, de agraciado rostro. La mujer se aproximó a Salcedo con los ojos llenos de lágrimas y le acarició la barbada mejilla con ternura:
>
> –Niño mío – dijo –. ¿Qué han hecho contigo?
>
> Cipriano alzó la cabeza, buscó el eje visual y, a pesar del tiempo transcurrido, la reconoció enseguida. [...] miró con ternura a la dulce figura que le precedía. (484)

Una aparición que para Cipriano tiene un significado extraordinario: Minervina –en una escena que en más de un aspecto recuerda la subida de Cristo al Calvario– lo acompaña hasta la hoguera y lo consuela y reconforta hasta el último instante de su vida, recuperando la función protectora de antaño ("Viendo a Minervina tirando del ronzal se

sentía inusitadamente tranquilo, protegido, como cuando niño. Avanzaba tan gentil y confiada que nadie pensaría que le llevaba al encuentro con la muerte", 485).

Camino de la hoguera, con su antigua nodriza a pocos pasos, Cipriano rememora los momentos capitales de su vida: la estricta observancia de su tío Ignacio de las normas y convenciones (487); el amor *in nuce* por Ana Enríquez ("un proyecto apenas esbozado", 487); su fracaso con Teo; los muchos lados sombríos que había tenido su vida y los que habían oscurecido su existencia desde su niñez hasta llevarlo, en última instancia, a adherirse a la secta ("el ejército de sombras que había cruzado por su vida y que fue desvaneciéndose conforme él creyó haber encontrado la fraternidad de la secta", 487); la quimera de la fraternidad ("¿qué había quedado de aquella soñada hermandad? ¿Existía realmente la fraternidad en algún lugar del mundo? ¿Quién de entre tantos había seguido siendo su hermano en el momento de la tribulación?", 487); la traición ("La idea del perjurio y la fácil delación continuaba atormentándole.", 487); la imposibilidad de dar con certidumbres terminantes, debido a las limitaciones humanas:

> Por sorprendente que pudiera parecer, la mortecina actividad de su cerebro evitaba la idea de la muerte para detenerse a reflexionar en el tremendo misterio de la limitación humana. Al aceptar el beneficio de Cristo no fue vanidoso ni soberbio, pero tampoco quería serlo a la hora de perseverar. Debería perseverar o volver a la fe de sus mayores, una de dos, pero, en cualquier caso, en la certidumbre de hallarse en la verdad. Mas ¿dónde encontrar esa certidumbre? (488)

Y, sobre todo, la función tutelar de Minervina:

> Pero su atención, sin apenas advertirlo, iba en otra dirección, su débil cerebro se desplazaba hacia Minervina, hacia su airosa figura, decidida, la soga del ronzal en su mano derecha, abriéndose paso entre la multitud. Se recreaba en su gentileza y, al contemplarla, sus ojos cegatosos se llenaban de agua. Sin duda era Minervina la única persona que le quiso en vida, la única que él había querido, cumpliendo el mandato divino de amaos los unos a los otros. Cerró los ojos acunado por el bamboleo del borrico y evocó los momentos cruciales de su convivencia con ella: su calor ante la helada mirada del padre, sus paseos por el Espolón, la galera de Santovenia, la ternura con que velaba sus sueños, su espontánea entrega a su regreso, en la casa de sus tíos. Al ser despedida, Mina desapareció de su vida, se esfumó. De nada valieron sus pesquisas para encontrarla. Y ahora, veinte años después, ella reaparecía misteriosamente para acompañarle en los últimos instantes como un ángel tutelar. (487)

Las conclusiones de Cipriano son perentorias: "Una vida sin calor la mía, se dijo" (487).

4.5 MUERTE DE CIPRIANO Y DECLARACIÓN DE MINERVINA

Una vida, la de Cipriano, que había comenzado, conviene recordarlo, con el frío que le transfería su padre y termina, paradójicamente casi, con el recuperado calor de Minervina y el fuego de la hoguera. Su nodriza, niñera y primera amante es la que cautiva y absorbe su atención hasta el final ("No podía tenerse en pie, pero vio a Minervina tan próxima que le dijo en un susurro: «¿Dónde te metiste, Mina, que no pude encontrarte?»", 491; "Cipriano, atado a la argolla del palo, los ojos cobardes posados en Minervina", 492; "vio a Minervina sollozando junto al verdugo", 495; "Apretó los párpados en silencio, sin mover un músculo, resignadamente. […] Entonces rompió el silencio el desgarrado sollozo de Minervina. La cabeza de Cipriano había caído de lado y las puntas de las llamas se cebaban en sus ojos enfermos.", 495).

A su vez, el amor de Minervina por Cipriano se manifiesta en las breves páginas que cierran la novela, en las que la expresión "*su niño*" se repite varias veces[3]. Sus declaraciones finales derrochan generosidad extrema ("hubiera accedido […] a morir en su lugar si así se lo hubiesen pedido", 497) y constituyen una hermosa muestra de la calidad humana de un personaje que, pese a haber sido vapuleado duramente por la vida, conserva su probidad incluso en una situación límite:

> Preguntada finalmente la atestante si vio u oyó alguna otra cosa que, por una razón o por otra, considerase que debe declarar al Santo Oficio, la atestante manifestó que, en todo caso, de lo que vio aquella tarde, lo que más la conmovió fue el coraje con que murió *su niño*, que aguantó las llamas tan tieso y determinado, que no movió ni un pelo, ni dio una queja, ni derramó una lágrima, que a la vista de sus arrestos, ella diría que Nuestro Señor le quiso hacer un favor ese día. Preguntada la atestante si ella creía de buena fe que Dios Nuestro Señor podía hacer favor a un hereje, respondió que el ojo de Nuestro Señor no era de la misma condición que el de los humanos, que el ojo de Nuestro Señor no reparaba en las apariencias sino que iba directamente al corazón de los hombres, razón por la que nunca se equivocaba. (498)

5. CODA

Como bien sabemos, hasta hace poco tiempo, y al contrario de otros países europeos (Alemania es el paradigma), en España no ha habido controversias y debates historiográficos sobre la recuperación de la memoria histórica reciente que puedan ser considerados "acontecimientos mediáticos". Dicho de otro modo: la recuperación de la memoria histórica de la dictadura ha sido un tema poco estudiado por los historiadores y

---

[3] "[L]a atestante manifestó que el interfecto había sido *su niño*" (496); "el mismo padre Tablares acudió al palo de *su niño*", "*su niño* abrió un poco los ojos enfermos", "algo más debió decirle el fraile a *su niño*" (497); "lo que más la conmovió fue el coraje con que murió *su niño*" (498).

politólogos españoles hasta que las iniciativas de Emilio Silva y de la Asociación para la Recuperación de la Memoria histórica (ARMH) fueron recogidos por los medios de comunicación cuando se abrió la primera fosa en El Bierzo. Como es sabido, la ARMH presentó informes e hizo peticiones a varios partidos políticos, y que se debe en gran medida al trabajo de dicha Asociación la condena unánime del franquismo en la reunión del 20 de noviembre de 2002 del Congreso de Diputados. Verdad es que ha habido escritores que han tematizado (algunos desde sus comienzos) le recuperación de la memoria histórica en sus obras y ensayos (Juan Eduardo Zúñiga, Juan Iturralde, Juan Marsé, Manuel Vázquez Montalbán, Julio Llamazares, Rafael Chirbes, Javier Marías, Antonio Muñoz Molina, Juan Goytisolo, Miguel Delibes o Jorge Semprún son los más significativos), pero también es cierto que se trata de una minoría.

A nuestro juicio, ello es así porque no se aplicaron en su día las medidas que, según los entendidos (König 1998), son ineludibles para la recuperación efectiva de la memoria histórica. Y sabido es que, durante la transición no hubo ni persecuciones penales ni descalificaciones de personas estrechamente vinculadas al régimen que cometieron delitos ni una información adecuada en los medios de comunicación sobre los hechos. En suma, el pacto de silencio que nace con la transición postergaba *sine die* la recuperación de la memoria histórica de forma expedita; de ahí que no hayan sido "superados" ni "asumidos" los desmanes de la dictadura, silenciados y reprimidos durante largos años, por lo que el proceso de democratización y la transición en sí no fueron tan ejemplares como suele afirmar la mayoría de los políticos, historiadores y politólogos. No podía serlo, puesto que se trataba de un "pacto de silencio" sobre un pasado que muchos españoles consideraron oportuno y razonable preterir o incluso enterrar, acaso porque creían que ponía en entredicho su autoestima y la misma reconciliación. Quizá por ello no se crearon, al contrario de Argentina y Chile tras las respectivas dictaduras, Comisiones Nacionales de Verdad y Reconciliación para investigar las violaciones de los derechos humanos, moneda frecuente durante el franquismo.

Que la intención de Delibes era sumarse a la recuperación de la memoria, abogar por la tolerancia y ejercer la (auto)crítica queda puesto de manifiesto en el epígrafe de la novela, procedente de la carta apostólica *Tertio millennio adveniente* de Juan Pablo II, publicada en 1994. Huelga decir que se trata de un texto religioso que, como tal, para leerlo en clave política, habrá que cambiar los términos de carácter estrictamente religioso ("fe", "religión", "Inquisición", etc.) por otros términos y conceptos de acepción política. El texto del epígrafe dice así:

> *¿Cómo callar tantas formas de violencia perpetradas también en nombre de la fe? Guerras de religión, tribunales de la Inquisición y otras formas de violación de los derechos de las personas... Es preciso que la Iglesia, de acuerdo con el Concilio Vaticano II, revise por propia iniciativa los aspectos oscuros de su historia, valorándolos a la luz de los principios del Evangelio.* (13)

Efectivamente, los términos "fe" y "religión", y las expresiones "guerras de religión" y "tribunal de la Inquisición" pueden ser transpuestos sin violencia semántica a un código político, aunque también mantienen su significado en el real de la guerra civil (que en el bando vencedor fue definida, como sabemos, de "Cruzada", pese a la presencia de soldados musulmanes, pero ésta es harina de otro costal) y la posguerra. Y vale así mismo para la segunda mitad de la frase que cierra la carta apostólica (el imperativo de explorar las laderas oscuras de la historia).

Delibes narra, sin ánimo de reproche y sin el menor amago de pose didáctica, el devenir vital y religioso de un "heterodoxo", Cipriano Salcedo, para decirnos que el valor quiere decir a veces nadar a contracorriente, pero no por egotismo o espíritu de contradicción, sino por convicción; que la voz de la conciencia es, en última instancia, determinante. No denuncia, sin embargo, la intolerancia mediante el cómodo recurso al esparajismo verbal: la pone en boca de necios y fanáticos, mostrando también la cobardía de los "conversos" (políticos), que en la última vuelta del camino piden perdón a los poderosos y traicionan sus creencias y a sus correligionarios.

Pero además, *El hereje* es una novela de corte histórico que rememora y da vida a una posibilidad silenciada durante varios siglos y arrancada de cuajo en sus comienzos: la *reformatio iberica*. Hoy como ayer, nos dice, se sigue sometiendo y destruyendo en nombre de los intereses de un credo dominante, independientemente de sus características y connotaciones políticas o religiosas. Miguel Delibes muestra al público lector qué caminos hubiese podido seguir España si no hubiese llevado al cadalso a personajes de la categoría humana y del dinamismo de Cipriano Salcedo, que integra, con las aportaciones de colaboradores inteligentes, innovaciones decisivas en sus producciones y empresas comerciales (elabora *in situ* la producción local de la lana, en lugar de exportarla, pone en práctica medidas innovadoras en el sector de la agricultura, etc.). Narra la historia del pueblo castellano, una historia de peleteros y niñeras, de infelices malcasadas estériles y medicastros, de viticultores y pastores de ovejas de la región vallisoletana; secribe sobre lo que separa el campo de la ciudad, al socaire de la representación etnográfica de las costumbres.

El hereje es una novela de despedida –y el autor lo sabe– que pone en la picota y denuncia el odio y la violencia arraigados en la sociedad española. Es una obra sobre la libertad interior, un alegato vibrante contra la intolerancia y a favor de las víctimas de la historia. No en vano es para el protagonista la conversión al luteranismo, amén de un "lugar" espiritual, una metonimia o metáfora del proceso de emancipación del individuo de una comunidad todavía transida de reminiscencias medievales: Cipriano defiende con la convicción religiosa el derecho a la libertad espiritual. Es eso, precisamente, lo que le convierte en "hereje".

No olvidemos, sin embargo, que ni siquiera el protagonista escapa a los dardos de la ironía del narrador: el aspirante a la perfección se casa con una trasquiladora de borregos –Va por lana y sale trasquilado– que desde el comienzo muestra no tener sensibilidad frente a los remordimientos de conciencia de su marido.

El hereje se sitúa además en la línea de reconciliación y apertura de la Iglesia de Roma, como se desprende del epígrafe que acabamos de citar. Pero también se sitúa en las hormas de los largos preparativos del Simposio sobre la Inquisición, celebrado en el Vaticano en 1998, a raíz del cual se abrieron los respectivos archivos del Santo Oficio. De ahí que, a nuestro juicio, no se trate de una huida hacia el pasado para evitar la memoria inmediata de la guerra y de la dictadura, sino del deseo de recuperar a un disidente, a uno de los "otros", en una época en la que prevalecía el conservadurismo ideológico, la sociedad militarizada y el nacional–catolicismo. Pero también para aludir a un pasado en el que, a su juicio, no sólo se gestaron los conflictos del siglo XVI, sino también otros posteriores, incluidos la guerra civil, la posguerra y la dictadura.

OBRAS CITADAS

DELIBES, Miguel. *El hereje*. Barcelona: Destino, [15]1999.

GARCÍA CÁRCEL, Ricardo - MORENO MARTÍNEZ, Doris. *Inquisición. Historia crítica*. Madrid: Temas de Hoy, 2000.

KÖNIG, Helmut. "Von der Diktatur zur Demokratie oder Was ist Vergangenheitsbewältigung". En König, Helmut *et alii* (eds.): *Vergangenheitsbewältigung am Ende des zwanzigsten Jahrhunderts*. Opladen: Westdeutscher Verlag, 1998, pp. 371-92.

PÉREZ ESCOTADO, Javier. *Antonio de Medrano, alumbrado epicúreo. Proceso inquisitorial (Toledo, 1530)*. Madrid: Verbum, 2003.

TELLECHEA IDÍGORAS, Ignacio. "Don Carlos de Seso y el Arzobispo Carranza. Un veronés introductor del protestantismo en España (1559)". En Belvederi, Raffaele. *Miscellanea Cardinal Giuseppe Siri*. Genova: Tilgher, 1978.

VALLEJO, César. "España, aparta de mí este cáliz". En *Versos humanos. España aparta de mí este cáliz*. Madrid: Castalia, 1987.